

Por campos de Toledo

UN LUGAR de LA MANCHA



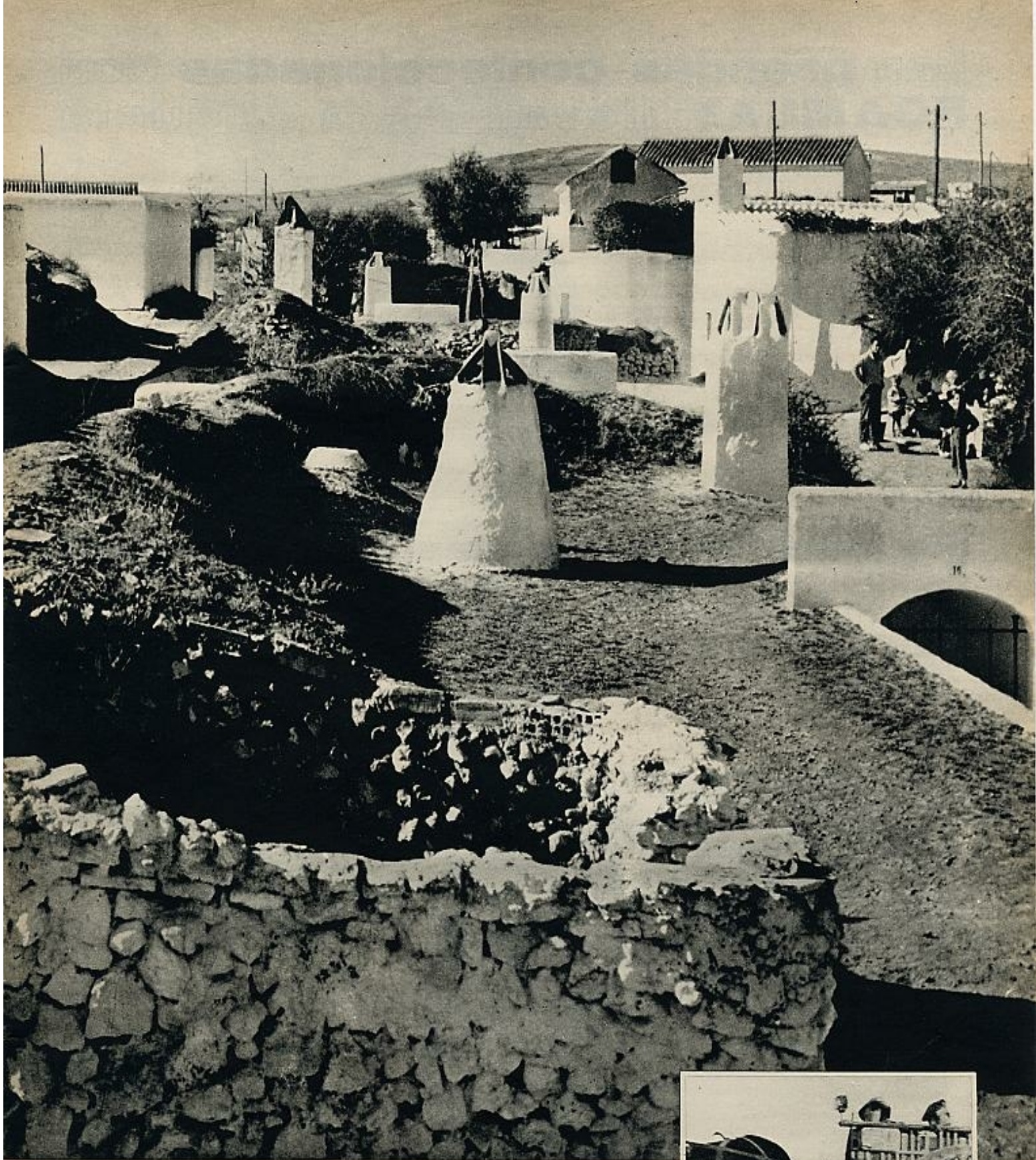
LA Mancha. El antiguo Campo Espartario. Por la tierra seca, Mancha árabe. En la comarcal que va de Tembleque a Quintanar, llegando al término de Villacañas, junto a las Cuestas Blancas, se pega a la tierra el humo de una yesera. A la derecha del camino, las Cabezas: una loma de olivar. A la izquierda, un triángulo pequeño de tierra labrantía. Van y vienen dos yuntas arando la tierra parda y húmeda. Los grumos se pegan a las orejeras. La tierra pesa y hay que apretar la mano para que la reja se hunda hasta casi el pescuño. Un hombre y un chico gritan y animan a las bestias. El sol castellano, aunque otoñal, es de justicia: cubre de luz todo el paisaje. Las mulas se paran al dar la vuelta al arado.
—¡Eh, chico!

Como en una película de Berlanga, un simpático y acogedor cartel da la bienvenida de Villacañas al viajero, mientras a la misma entrada del pueblo unos labriegos aprovechan el último sol del otoño.



Parte de Villacañas es una población subterránea,

Fotografía: GIL
Texto: FERRES
LOPEZ SALINAS



cuevas o silos, donde vive la gente, dando al ondulado paisaje una rara configuración, sembrado de chimeneas.

El chico está lejos y es el hombre quien deja su faena.
 —Parece que la tierra está en sazón.
 —Sí que lo está.
 El muchacho mira desde la otra punta del campo. No tendrá arriba de catorce años. Aferrado a la manquera, anda como ovillado.
 —Ya trabaja, como un hombre, las horas que haga falta. Ya se gana lo suyo.
 —¿Y la escuela?
 La pregunta, sin respuesta, queda en el aire.

«¿Quién salvará a este chiquillo menor que un grano de avena?
 ¿De dónde saldrá el martillo verdugo de esta cadena?»
 Más allá, por la carretera, llegan dos hombres: uno que es caminero y otro, con boina, que trae al hombro una azada.
 —Con Dios —saluda el de la boina.
 Se paran, con ganas de cruzar alguna palabra, de saber con quién tropiezan.
 —¿Se interesan por la sementera?

SIGUE



Las prendas confeccionadas con
FOAMLAY llevan esta etiqueta



¡Es garantía de prendas indeformables!



ABRIGOS, TRINCHERAS, CHAQUETAS, PRENDAS
DEPORTIVAS EN GENERO DE PUNTO Y EN
TEJIDO DE LANA, SEDA, ALGODON Y NYLON

TEJIDO LAMINADO



HOMOLOGADO



FOAMLAY®

PUBLICIDAD *ian*

y... quítese un peso de encima

UN LUGAR DE LA MANCHA



El casino, indispensable institución de los pueblos españoles, lugar de reunión de los habitantes varones, donde se negocia, se charla, se juega y se murmura.

—Hemos hecho un alto para refrescar, vamos a Villacañas.

—A la vuelta de ese lomo queda.

El caminero cambia tabaco por vino. Ofrece la petaca y acepta la bota de buena gana.

Y por el comentario, tras un largo trago que cantó en su boca, se da a conocer como buen catador de los caldos castellanos. Dice del vino de una y de dos orejas, habla del garnacho, del de garrote, del pardillo, del tinto y el peledn.

—Esta bota tiene mezcla —sentencia.

Luego los hombres pasan a hablar del tiempo, de la solanera que cae. De los 17 kilómetros que separan Tembleque de Villacañas, y donde las sombras se pueden contar con los dedos de una sola mano.

bienvenido a villacañas

Diócesis de Toledo. En una llanura. En la margen derecha del río Riánsares. Villa cercana a los cerros de la Sierra del Conde y a las lagunas salinas; sulfato de sosa y de magnesia. Yeseras. Tierras de pan llevar. Alguna industria harinera. Campos de azafrán. Olivares. Viñas, sobre todo vino. Hay, dicen, hasta diecisiete millones de cepas: sesenta millones de kilogramos de uva por la vendimia, ciento veinte millones de pesetas al año. Bodegas y alcoholeras. Ganado lanar y cabrío. Teléfonos. Alumbrado eléctrico en casi todo el pueblo. Sucursales de los Bancos. Fondas, iglesia y casino. Ferias en septiembre. Paro encubier-

SIGUE



UN LUGAR DE LA MANCHA

to, tierra poco repartida al decir de los jornaleros. Unos quince mil habitantes, la mitad de los cuales habitan en las célebres cuevas; silos las llaman.

Un rebaño se detiene bajo el letrero de BIENVENIDO A VILLACAÑAS, junto a la panera del Instituto Nacional de Colonización. Cerca de la báscula, en una casilla blanca, hay un letrero:

«Jejas: martes, miércoles, jueves y viernes.

Aragón

y

Candeal: lunes y sábado.

Este almacén está cerrado durante el mes de noviembre.»

El pastor comenta la buena mañana que hace, y el niño, en el entretanto, busca el arrimo del cartel que anuncia la proximidad de la villa. Luego del saludo y las cuatro palabras, pastor, zagal y perro encaminan el rebaño hacia un herbazal. Al fondo, una de tantas yeseras con el humo negro delante de los montones amarillos de paja.

La calle central. La carretera de Madrid-dejos. Casas enjalbegadas por entero, casi **SIGUE**



Con los ojos bien abiertos, los chavales suspenden sus juegos para retratarse. Abajo, una vista de la parte de Villacañas que no vive en cuevas, la parte más nueva.





Vestida de negro, con el pañolón a la cabeza, en violento contraste con las enjalbegadas, deslumbrantes, paredes, aparece esta manchega en una angosta y empinada calle...



SERV. ENKALENE / 13 N. 5

trinchera
nortal
Enkalene[®]

La trinchera de poliéster que se lava,
 seca rápidamente y no necesita plancha.

la trinchera poliéster más gruesa, más económica, más resistente y con más modelos!



TEJIDO Y CONFECCION CONTROLADOS POR LA SEDA DE BARCELONA, S. A.

UN LUGAR DE LA MANCHA



Por la carretera llegan dos hombres: uno es caminero y el otro lleva una azada al hombro, camino del trabajo. Mientras, en el campo, bestias y hombres aran la tierra.

todas de una sola planta. Alguna greca de añil en las fachadas para gala de las mismas. Es una vía larga, en leve costanera, orillada por un canalillo cruzado en cada puerta por una losa que hace de puente y facilita la entrada a las viviendas.

Por la carretera, a caballo, pasea una pareja de la Guardia Civil. Llevan el mosquetón enfundado, colgando del fuste trasero de las sillas de montar. En la puerta de la taberna «La Manchega», unos campesinos viejos toman el sol. No hablan, no responden, no se mueven, simplemente parecen matar el tiempo. Hay unas mozas haciendo punto junto a un tapial. Una de ellas, que lleva una especie de bufanda al cuello, es rubia y carirredonda. La otra, de menos carnes y guapa de cara, es alegre y reidora cuando por la acera del sol un hombre viejo, tocado con boina y enfundado en una gabardina raída, con los zapatos asomando los dedos y un saco al hombro, vocea castañas y nueces.

Tras las fachadas de la calle y carretera, luego de la única fila de casas, están los silos. Es un ondulado campo sembrado de chimeneas y lumbreras dadas de cal, de tendaderos entre los matojos, de corralitos, de muretes blancos, pretilos de las escaleras que profundizan en la tierra hasta hundirse en las cuevas, hasta los silos donde habitan —dicen— casi la mitad de los campesinos de este pueblo enterrado. El campo entero, techo de las viviendas, que es pueblo de cuevas, de tope-

ras casi, está rastreado por el humo que sube de los hogares. Desde lo alto de un lomo se ven rodeles, pequeños círculos encalados, el rectángulo de las escaleras; hombres, mujeres y niños que se afanan en sus tareas o permanecen sentados bajo el sol de mediodía. Un viejo alto y seco trenza una alfombra de pleita pegado a un talud blanco.

Una campesina entrada en años, con pañolón negro a la cabeza, deseosa de cambiar palabras, indica:

—A esto le dicen el Barrio de los Genaros.

La mujer muestra el silo en que vive, la sala de estar.

—Yo me llamo Angelita López y ésta es la casa de ustedes, para lo que gusten —dice una mujer más joven con un niño en los brazos.

Está sentada en una silla baja de enea.

Las paredes picadas, lisas, también están enjalbegadas. Hay luz eléctrica en casi todas las cuevas; pero, ahora, la claridad surge por las puertas y lumbreras. Quedan agujeros, tuberías de luz solar en el techo de la cueva.

—Las lumbreras también sirven para llenar el pajar, después de la siega.

Se ven los dormitorios asomando a la hundida escalera, la cuadra, y la cochiguera; porque éstas son habitaciones de labriegos. Sobre las camas hay cobertores. Sobre las cabeceras, santocristos y estampas arrancadas de algún almanaque.

—Estas son casas de gente pobre, de ra-

SIGUE



UN LUGAR DE LA MANCHA



Aunque todas las cuevas están inmaculadamente encaladas, hay diferencias entre ellas, existen silos de ricos, mucho más amplios y lujosos, de campesinos acomodados.

tones, como digo yo. Aunque también hay silos de ricos, gentes que tienen varias yuntas y buenas viñas.

La madre sigue sentada. Cuenta que ya no dejan hacer silos, que antes daban veintidós metros en cuadro, un celemin de tierra, por cincuenta pesetas. Los campesinos pobres —cuando iban a casar los hijos— compraban como regalo, pues, un celemin, e iban juntas las dos familias, la del novio y la de la novia, y hacían entre todos el primer agujero. Y luego ya eran los novios quienes terminaban de construirse el hogar.

—Era un buen apaño, no crean. Al menos para la gente de jornal que no podía pensar en tener una casa para arriba.

—¿Y cuando llueve?

—Se tapan arriba las lumbreras, se pone un canto y no cae una gota. También habrán visto el pozo con rejilla que hay en la escalera. Sirve para recoger el agua que escurre. Esa agua la recogemos para fregar y hasta para las caballerías. Pero una vez, ya hace tiempo, bajó la riada desde el monte y entró el agua, y se ahogó una familia entera.

Hay otro Villacañas que no vive en cuevas. Un lugar grande también, donde mujeres y chiquillos andan a la puerta de sus casas. Los niños juegan: unos saltan al burro y otros con una pelota de trapo. Suspenden sus juegos y quedan, un momento sólo, parados, mirando con ojos bien abiertos. En la calle, llamada del Ángel del Alcázar, junto a la iglesia, hay una plazuela con tres árboles. Calles llenas de sol. Calle del Cristo. Calle

de la Virgen. Calle del Excmo. Sr. D. Venancio González, llena de barro y casas donde, como en un espejo, se refleja la luz. En la plaza, vendedores de verduras, de dulces, de pipas de girasol. Muchas casas tienen las ventanas enrejadas porque, según cuentan, hasta hace poco Villacañas fue pueblo de manta y reja. Los novios, a la oscurecida, colgaban la manta en unos clavos, por fuera de la ventana, y hablaban lo suyo con la novia a través del enrejado.

—En estos días que corren, ya no hay costumbre. Dieron en decir que tener la novia en la reja y la manta a la espalda era cosa de política —comenta un hombre un tanto socarrón.

Desde la torre de la iglesia, una iglesia tranquila donde sólo una mujeruca reza en voz alta, se ven los tejados, los patios, algunos árboles, las calles que se pierden, el ir y venir de las gentes, la estación y la vía del tren, el humo de un mercancías y, más allá, el campo abierto, la llanura manchega.

Para recalar, después de comer unas gachas ilustradas de harina de almortas, buen sitio es el casino. Casino que algunos villacañeros han dado en llamar «lavadero», debido, seguro, a que en él se habla, si Dios tiene qué, de todos los problemas y políticas del pueblo, y donde salen a colación las vidas y milagros de las gentes del vino y del cereal.

El casino es un local amplio, con más de treinta mesas, donde los desocupados juegan a la baraja y al dominó, y matan así las primeras horas de

la tarde. La luz entra en haces y cae amarilla sobre las losas y el mármol de las mesas.

—¿Aquí no hay bailes ni cine?

—Cine sí hay: tres días a la semana. Pero bailes no, sólo una vez al año, para la feria. Ni para bodas y bautizos lo autorizan.

La tarde va cayendo entre el golpear constante de las fichas de dominó.

—Cuatro seis.

—Seis cinco.

—Te ha ido bien la vendimia. ¿Eh, Juan?

—Seis doble.

—Vaya. Saqué mi pico, que el chico tiene muchos gastos allá en Madrid. Veinte mil duros me cuesta al año.

—Paso.

A la salida del casino, en el patio de las Bodegas y Destilerías Ayuso, unos hombres se afanan descargando a pala, sobre la cinta transportadora, un camión cargado con los restos de la pisa en los lagares, madres del vino, olorosas y rojizas, de donde se sacan aún muchos grados de alcohol y tartratos. «Porque de la uva todo se aprovecha», según bien dice el capataz.

Por las afueras, ya es la hora de regreso de la labor, llega la carretería, y hombres y mujeres y chicos montados en mulos y borriquillos. Suena la campana de la iglesia y, a su voz, se levanta por el rastrojo una bandada de perdigones. Es entonces cuando, sobre la tierra calma, se apaga lentamente el sol.

FIN

Cuando hace buen tiempo, la vida transcurre también a las puertas de las casas, sobre todo para las mujeres, que cosen y charlan —es su casino—, y los niños, que juegan.

